

Hojitas de Fe

Siquieres... sígueme

137

13. Vida consagrada

Moisés, prototipo de vocación sacerdotal

La Fraternidad San Pío X dedica tradicionalmente el segundo domingo después de Pascua, también llamado *del buen Pastor*, a la predicación, a las oraciones y al pedido de ayuda en favor de las vocaciones, guiada en eso por la convicción profunda de su Fundador, Monseñor Lefebvre, de que para continuar la Iglesia, para salvar a las almas y a la sociedad cristiana, y para desarrollar de nuevo los principios de la cristiandad, es absolutamente necesario *contar con vocaciones sacerdotales, formar sacerdotes santos*. Querríamos que esta convicción de nuestro Fundador pasara a ser también la de todos los fieles, de modo que las vocaciones sacerdotales fueran realmente el empeño de todos, tanto sacerdotes como pueblo fiel.

Para desarrollar este tema, nada parece mejor que mostrar algún prototipo de la vocación sacerdotal, en el cual podamos ver tanto las cualidades del candidato, como la importancia de contar con muchos de ellos. Ahora bien, paradójicamente, uno de los prototipos más acabados de ello lo encontramos en el Antiguo Testamento, a saber, el mismo Moisés. En efecto, en él vemos lo que es una vocación en su preparación, en su ejercicio y en sus virtudes.

1º Moisés antes del llamado de Dios.

Como es sabido, Moisés fue el gran caudillo del pueblo de Israel, elegido por Dios para sacar al pueblo de Israel de la esclavitud de Egipto. Pero su misión fue preparada lentamente por el Señor.

Nos cuenta la Escritura que, después de la muerte de José, subió al trono de Egipto un Faraón que no había conocido a José, y que se espanta de ver instalada, en medio de sus súbditos, toda una población extranjera, la hebrea, que podía muy bien convertirse en la aliada de potenciales enemigos de Egipto. Por eso, para impedir que los hebreos sigan multiplicándose en la tierra de Egipto, decreta el Faraón que todo niño hebreo recién nacido sea arrojado al Nilo.

Por ese tiempo nace Moisés. Una madre piadosa, en lo más furioso de la persecución, habiendo dado a luz a un hijo varón, no lo quiere matar, arrojándolo al Nilo según la orden de Faraón, sino que lo guarda en casa por espacio de tres meses; luego, no pudiendo ocultarlo por más tiempo, lo abandona en el Nilo

dentro de una cestita previamente calafateada. La hija de Faraón, que providencialmente encuentra al niño en las orillas del Nilo, se encariña por él, y lo educa en la corte de su padre. Y es que Dios lo tenía destinado para ser el liberador de Israel en su penosa esclavitud.

Educado en la corte de Faraón, Moisés, llegado a la edad de 40 años, decide volver a su pueblo. Es San Pablo quien nos dice que esta decisión la toma Moisés despreciando el mundo, y deseando cargar con el oprobio de la fe de su pueblo. A los pocos días, queriendo defender a un hebreo, ferozmente maltratado por un egipcio, lo defiende dando muerte a este último; y enterado luego de que el asunto ha llegado a oídos de Faraón, huye a la tierra de Madián, donde contrae matrimonio y pasa otros 40 años de su vida como pastor de ovejas. Será entonces cuando el Señor se le aparece en una visión, y le intima la misión a que lo tiene destinado.

Ahí podemos ver una primera condición en toda vocación sacerdotal, que es la vida recogida, la huida del mundo, de sus máximas, de sus espectáculos, de sus vanidades. Todo joven que lleva bien el nombre de católico debe darse a una vida seria de piedad. Pues vocaciones sacerdotiales hay muchas, hay las necesarias en cada momento; y hoy que lo son tanto, no puede ser una excepción. Lo que pasa es que para escuchar y para reconocer esta vocación, este llamado de Dios, es preciso vivir mínimamente separado del mundo, y llevar una buena vida espiritual. Ahora bien, la mayoría de los jóvenes, incluso en nuestros prioratos, no cumplen por desgracia con este deber; y así hay muchos de ellos en los cuales hay vocación, pero una vocación que probablemente no será reconocida ni escuchada, y de la cual Dios, sin embargo, le pedirá cuentas.

El Señor, pues, se aparece a Moisés cuando tiene 80 años de edad, en el monte Horeb, con la visión de la zarza ardiente: «*He visto la tribulación de mi pueblo en Egipto, y el clamor de los hijos de Israel ha llegado a mis oídos; ve, pues: Yo te envío para que saques de Egipto a mi pueblo, pues voy a conducirlo a una tierra buena y espaciosa que mana leche y miel.*» Moisés, asustado al principio, aduce sus miserias personales: ¿quién es él para presentarse ante Faraón? Y además es tartamudo; otros cumplirán mejor que él esta misión; así que suplica al Señor que envíe a otro. Mas el Señor no le hace caso, y le da a conocer por señales claras y milagrosas que él, y no otro, es el elegido para realizar tan gran misión.

Lo mismo suele suceder con la vocación al sacerdocio: no es raro que el joven que se siente llamado por Dios a tal misión se sienta al principio asustado de las obligaciones que conlleva, y a veces que trate de esquivarla por motivos mundanos: Señor, envía a otro, que yo tengo otros cometidos, otros proyectos, otras aspiraciones. Nada vale ante la voluntad de Dios: y el Señor, muchas veces también, condescenderá con los temores del candidato, y le dará la seguridad, a través de pruebas sobrenaturales, de que tal es su voluntad.

2º Moisés investido ya de la misión divina.

Moisés ha sido investido por Dios de una elevada misión: liberar al pueblo de Israel de la esclavitud de Egipto, y conducirlo a la tierra prometida.

Pero esta misión no puede compararse con la más excelsa del sacerdote, investido por Dios de la misión de liberar, no ya a un pueblo particular, sino a las almas de todos los pueblos; de la esclavitud, no ya temporal, sino espiritual del pecado; para conducirlas a la tierra prometida, tierra no ya material y de prosperidades temporales, sino tierra sobrenatural y de bienes eternos.

Para ello Dios pone en manos de Moisés el poder de realizar las diez plagas de Egipto, y otros maravillosos prodigios, como abrir el mar Rojo para permitir el paso de Israel y ahogar luego en él a todo el ejército de Faraón, abrirle luego el cielo para darle el misterioso maná, hacer manar las mismas piedras para que den agua al pueblo en el desierto, y darle protección con su oración contra el pueblo de Amalec, que los ataca por medio de emboscadas. Todo ello, después de un misterioso rito que Dios manda a todo Israel por medio de Moisés: que después de inmolar cada familia un cordero, y de teñir con su sangre los dinteles de las casas, todos lo coman para tener las fuerzas necesarias para la partida.

¿Podría proponérsenos de manera más hermosa, bajo estas figuras, los misteriosos y grandes poderes del sacerdote? Para llevar a cabo su misión de liberar a las almas del pecado y conducirlas a la vida eterna, Dios comunica al sacerdote el poder de herir al demonio con toda clase de plagas, destruyendo su poder sobre las almas, y obligándole a soltar a las que retiene en sus garras; Dios le da el poder de sumergir a todas las almas en las aguas del bautismo, en las que quedan ahogados todos sus pecados; Dios le da el poder de alimentar las almas con el maná de la Eucaristía, de saciarlas con el agua de la gracia, de protegerlas con su oración contra los peligros que las amenazan y los castigos divinos que a veces merecen; y sobre todo, el poder de inmolar, en provecho de todo el pueblo cristiano, el verdadero Cordero de Dios, para lavar con su sangre a las almas y aplicarles los frutos de la redención.

3º Virtudes de Moisés como mediador entre Dios y su pueblo.

Si nos fijamos ahora en la vida de Moisés, veremos que no le faltó ninguna de las virtudes que deben caracterizar al sacerdote de Dios. En efecto, la misma Sagrada Escritura nos muestra a Moisés adornado de gran celo por la gloria de Dios, de gran unión con Dios, con quien conversaba como un amigo conversa con otro amigo, y a quien veía cara a cara; adornado también de gran celo por el bien de su pueblo, por quien aboga todas las veces que Dios quiere castigarlo a causa de sus resistencias y de sus pecados; lleno de mansedumbre, de prudencia, de religión, de humildad; dispuesto a llevar con magnanimitad la grandísima cruz de regir a un pueblo tan numeroso y de tan dura cerviz.

En todo ello, Moisés se presenta como prototipo acabado de una vida sacerdotal. En efecto, el sacerdote es esencialmente un mediador entre Dios y los hombres. Por eso:

- *ante los hombres debe ser el hombre de Dios, totalmente entregado a su servicio, investido de su autoridad, celoso de su gloria;* • *mas ante Dios debe ser el intercesor de los hombres, en vistas a procurarles los dones, beneficios y gracias de Dios, siendo así realmente los dadores de las cosas sagradas («sacra dans»), y los dispensadores*

de los sacramentos («sacramento»). Y ese doble oficio reclama que estén revestidos de todas las virtudes.

Conclusión.

Como puede verse, por medio de Moisés quiso Dios librar a Israel de la dura esclavitud de Egipto, y realizar con él el gran pacto que lo convertía en pueblo suyo; por medio de él quiso entregarle la Ley, esto es, la revelación divina que debía ser su más preciada instrucción; por medio de él quiso santificarlo; por medio de él quiso juzgarlo y gobernarlo; de modo que no podríamos concebir a Israel como pueblo libre y como pueblo de Dios sin la persona de este gran mediador.

Del mismo modo, dados los planes de Dios, no podría concebirse a la Iglesia, esto es, no habría pueblo fiel, creyente, santificado y conducido hacia Dios, sin la intervención del sacerdote, a quien el Señor ha querido confiar todos estos ministerios. Por eso Dios, cuando quiere castigar a un pueblo, lo deja sin sacerdotes. Y por eso mismo la escasez de sacerdotes, y de sacerdotes santos, es el problema que más debe preocuparnos, y el que más debe incitarnos a la oración, a la penitencia, a la acción.

• **JÓVENES**, plantéense el tema de su vocación, si nunca lo han hecho seriamente, y sean generosos en el caso de que vean que Dios pueda estar llamándolos: de ello dependerá la salvación de muchas almas, de ello dependerá el crecimiento del pueblo fiel.

• **PADRES**: cultiven celosamente en el alma de sus hijos el ambiente de vida cristiana, el recogimiento, la piedad, la frecuencia de sacramentos, que son la atmósfera propia para el nacimiento de las vocaciones; amen y aprecien este don en sus familias, si el Señor se digna otorgárselo; es más, pídanselo denodadamente a Dios.

• **TODOS**, recemos al Señor para que hoy, más que nunca, se apiade de tantas almas sin pastor, que por eso corren camino de la perdición, y que conceda a su santa Iglesia sacerdotes, santos sacerdotes, muchos santos sacerdotes, muchas santas vocaciones religiosas, para gloria de Dios, para honor de la Santa Iglesia, para salvación de muchas almas.

**Todo Sacerdote es tomado de entre los hombres
y está puesto en favor de los hombres
en todo lo que se refiere a Dios
para ofrecer dones y sacrificios por los pecados**
San Pablo a los Hebreos